

picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver toda la tierra circunstante donde los nopales se arrastraban, las pitas se erguían y las cañas bravas surgían como candelabros de cien picas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana: allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejaban arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la insoportable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El contraste notado ya en el paisaje, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacén, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la Vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de Don Quijote y de Sancho.

## CAPÍTULO XXXIX

UNA COMISIÓN DIFÍCIL.—UNA DESGRACIA.—MIGUEL VUELVE Á LA POESÍA.

De Granada á Baza, pasando por Guadix, Cervantes llevaba siempre á la derecha la Alpujarra, imponente y majestuosa, cuyas crestas doraba el sol poniente todas las tardes. A la izquierda, las vegas fértiles de la taha de Guadix y la Hoya de Baza seguían ofreciéndole el contraste ya en Granada advertido. La llanura humaniza el espíritu, la montaña le alza por cima de las humanas miserias.

Caminar entre montañas como la alpujarreña, donde hicieron su asiento las más viejas y duras gentes que á España llegaron, las que dejaron sus huellas sólo en lo menos sujeto á mudanzas, que son los nombres de lugares, el despiece de tierras y el álveo y curso de los ríos, viene á ser algo como reconocer é inferir los rasgos y formas de una raza ó de una especie desaparecida. No sé quién ha dicho que las montañas son los verdaderos habitantes de la tierra, siendo nosotros como hormigas ó lombrices que torpemente por ellas trepamos. La Alpujarra es la osatura de uno de aquellos gigantes que horadaron istmos, hendieron cauces, inundaron navas y desparramaron bosques. Miguel, de joven, había gozado una de las alegrías más grandes de que es dable gozar en el angosto planeta donde nos rebullimos: la de pasar los Alpes y tender desde ellos la vista por Italia. Miguel, ya probado en el caminar de la vida, andaba ahora las laderas de la Alpujarra y contemplaba con reverencia aquellos lugares donde la Naturaleza, no renovada, ofrecía el antiguo y

venerable sosiego de sus pinos centenarios y de sus evales encinas, cubierto el suelo de espinos majolares, cambroneras, aulagas, carrascas, brezos y escaramujos, que empezaban donde concluían las valientes y olorosas gayombas y las ásperas marihuelas.

Lugares eran aquellos donde, aun el ménos inclinado á considerar las historias y leyendas de tiempos lejanos, debía de sentir una extraña sensación de poderíos muertos y de fenecidas grandezas. El mismo nombre de Baza, en los pasados siglos Basti ó Batis, era el nombre de pila del padre de Andalucía ó *Bética* y de su patriarcal río Betis, con las nieves alpujarreñas alimentado. Buena cosa es Granada para refrescar y equilibrar un alma cuarentona: óptima cosa las sierras de Granada y Almería para engravecerle y espesarle. Miguel, contemplando el Veleta y el Mulhacen, y después la sierra de Cuatro Puntas y la de Gor, á la derecha, y el Javaleón, á la izquierda, se acordaba de los molinos de viento que en los gollizos y lomas de la Mancha parecían gigantes, y pensaba cuáles y quiénes serían los colosos verdaderos, quiénes los seres formidables que habitaban el mundo y le guiaban por tan inciertos caminos. El aire claro de la cordillera, la setembrina brisa que de ella se levantaba, la frescanza que de los hilos de agua cristalina, delgados y cantarines, se desprendía, halagaban y oreaban el rostro del viandante, animándole á continuar la peregrinación del vivir y sus ignotos rumbos.

No eran gigantes ni colosos los que tenía que acometer en Baza, pero no menos valor que para ello había menester. Si habéis tratado con arrendatarios y rematadores de consumos, podréis tener un vago y remoto concepto de la clase de gentes á quienes Miguel iba á exigir que pagaran sus atrasos: si habéis revuelto cuentas en alguna delegación ó administración de contribuciones, podéis figuraros algo de lo que en este asunto ocurría.

El 9 de Septiembre llegó Miguel á Baza, presentó sus credenciales al licenciado Antonio de Rueda, alcalde mayor y tiniente de corregidor de aquella ciudad y su tierra: llamaron ambos á un tal Alonso de España, que era el concesionario ó postor para el

cobro de las rentas reales en Baza y su partido, y al punto descubrió Miguel el primero de los infinitos y usuales gatuperios que en tales andanzas se topaban un día sí y otro también. Alonso de España, al quedarse con el arrendamiento de las rentas, no había dado las fianzas prometidas, y aquellos funcionarios de Hacienda, que tan escrupulosos y reparones eran en la corte para exigir á Miguel garantías, se habían contentado en Baza con que Alonso de España nombrase tesorero á Gaspar Osorio de Tejada, que probablemente no tenía quien le abonase tampoco. Así, entonces como ahora y como antes, viejo é intrincado cual las carrascas y los escaramujos de la sierra, iba el caciquismo engrafando en su ramaje todos los pueblos de la nación.

Trataba Miguel de formalizar la cuenta, puntualizando cifras y por donde quiera las excepciones, privilegios y fórmulas dilatorias del pago le salían al encuentro. Cuatro pueblos, Cullar, Zújar, Caniles y Benamaurel habían pagado el encabezamiento de las alcabalas y tercias. Tres pueblos, Macael, por sus mármoles, jaspes y serpentinas famoso, Roya y Freila no tenían encabezamiento, pero también pagaron. Otros dos ó tres lograron que no fuesen arrendadas, porque se repartieron por tierra y marina, con lo que había un asomo de pretexto para que no abonasen alcabalas, y efectivamente, no lo hicieron.

Además, las personas que en la corte disfrutaban de influencia, los caciques, en resumen, habían logrado que el rey, sin fijarse, á la buena de Dios, por atender ruegos de caballeros ó señoras á quienes quería tener de buen talante, concediese tal número de juros sobre las tales rentas que, descontadas todas estas más ó menos legítimas ó fantásticas rebajas, pareció quedar la cantidad que había de cobrar Miguel, reducida, de tres millones trescientos cuarenta y dos mil trescientos veinte maravedís, que en el papel figuraban, como hoy figuran en los presupuestos tantas quijotescas sumas, á ochenta y tres mil setecientos trece maravedises y medio, es decir, á la cuarentava parte de lo calculado por los señores hacendistas de Madrid. Apenas acababa de nacer la corte con sus fingimientos y trampas y de centralizarse en ella los servicios y ya comenzaban á desconocerse mutuamente y á enga-

ñarse y á recelarse Madrid y los pueblos, y no había modo seguro de conocer cuáles eran las positivas riquezas, los verdaderos recursos con que podía contar el país. El gran señor venido á menos ó que olfateaba su ruina quería engañarse á sí mismo exagerando lo que le debían y abultando los créditos de sus deudores para cobrar siquiera una cuarta ó quinta parte de ellos. Al finiquitar y firmar esa cuenta, despojando las cifras del guardainfante que los contadores de Madrid la habían vestido, una gran carcajada debió de soltar Miguel. Los guarismos escuetos se reían bailando una danza graciosa ante las barbas del cobrador.

Pero aún no era bastante el que las partidas fallidas importaran cuarenta veces más de lo presupuesto. Lo peor era que aun esa cantidad había que dividirla en tres tercios, dejándola reducida á veintisiete mil novecientos cuarenta maravedís ó sean *ochocientos veinte reales...* y lo más malo aún que esos ochocientos veinte no había quien los abonase, porque de palabra en palabra, vino Cervantes á sacar en claro que tampoco el referido tesorero Gaspar Osorio de Tejeda había dado fianza ni cobrado nada de lo dicho, viniendo así á quedar todos aquellos millones de maravedises volatilizados y reducidos á la condición tristísima de engañadoras ilusiones, como sumas concebidas por gobernantes y financieros portugueses y realizadas por contribuyentes españoles.

La broma era de las más pesadas é inverosímiles, á la verdad, por lo cual Cervantes, cuando acabó de reír, ya ensanchado el cuajo y prevenido con los poderes que su nombramiento le otorgaba, le dijo al alcalde Rueda que señalase alguna persona solvente para que pagara al ménos los ochocientos reales. Apurado el alcalde, por los términos en que la credencial de Cervantes venía, dijo que quienes podían pagar algo ó todo eran un tal Simón Sánchez, mayordomo de la ciudad en cuyo poder debían de estar las rentas del encabezamiento y otro tal Juan de Cuenca, arrendador de las de Zújar. Fueron á buscarles á sus casas y hasta el día siguiente no parecieron: pagaron, por fin, á regañadientes y Miguel les cobró un día de salario por haber teni-

do que esperarles; pero aún había de terminar con nueva y graciosa cicatería este capítulo de novela picaresca.

Como al fin y la postre, aunque no hubiese pagado nada, Alonso de España era el tesorero en propiedad, le requirió Cervantes para que le pagase sus cinco días de salario, dos que correspondían á la parte de camino desde Madrid á Baza, otros de la ida y vuelta desde Guadix y uno de ocupación en Baza tomando las cuentas, y aún no le cobraba el transporte del dinero hasta su destino; y conociendo al sujeto, apenas le había visto, añadía Miguel que si no le pagaba aquella cantidad, cuyo importe eran en total ochenta y seis reales escasos, él se la cobraría de su salario de tesorero, porque aquel buen Alonso de España tenía sueldo, sin obligaciones ni responsabilidades, verdadero y único ideal de los hijos del caciquismo. El hombre se defendió como gato panza arriba, pero, ante los apremios de Cervantes, acabó por ceder y pagar, declarando que lo hacía "compulso é apremiado et por redimir su vejación é su perjuicio, de su dinero para los haber é cobrar de quien los tenga".

¿No es interesantísima y no está llena de enseñanzas curiosas esta escena? ¿No es algo simbólico el nombre de este Alonso de España que está cobrando por ejercer una función ilusoria y de quien lo único que se ve claro es la tenaz negativa á pagar, tomada como sistema y la queja y protesta y el propósito manifiesto de sacarle esos ochenta reales de las higadillas al primer infeliz que se tercié? Así, en la existencia nos sale al paso la ironía y sólo los grandes ingenios saben aprovecharla.

Vuelto á Granada y yendo desde allí á los demás pueblos ó avistándose con los contadores, receptores y arrendatarios de ellos, nuevas partidas fallidas se ofrecen y nuevos enredos y descuidos de los libros de Contaduría se hacen manifiestos. Cervantes escribe al Rey desde Granada en 8 de Octubre, contándole las bajas ocurridas por lo que había de percibirse en la ciudad de Almuñecar y en las villas de Salobreña y Motril, que ya habían pagado lo que se les exigía ahora y pidiendo prórroga para acabar la comisión.

El otoño le alcanzó á Miguel aquel año en los lugares más

hermosos de la costa andaluza. Noviembre y Diciembre los pasó en Málaga y la vista del Mediterráneo debió de hacer surgir en su memoria las remembranzas más dulces. Allí, al otro lado del agua azul, las ansiosas miradas del hidalgo veían ó creían ver la blanca y amable mole de la hermosa Nápoles, que de su perdida juventud le hablaba, susurrando por cima de las olas conceptos amorosos en bellos endecasílabos del Tasso. Las polacras y goletillas del puerto parecían traerle en sus velas hinchadas efluvios del aura fresca de Posilippo, del ardiente aire del Vesubio, de la amorosa brisa de la isla de las Sirenas, que hoy llamamos Capri.

Sentado frente al mar, en Gibralfaro ó en la Caleta, Miguel pensaba en aquel bellissimo otoño, cuán buena es la vida para quien tiene la fortuna y el arte de gozarla. Aquellos levantes que remaban á jornal en las galeras, aquellos pillos de playa que jalaban para sacar el copo al caer la tarde, ¿no eran unos hombres felices cuanto es posible serlo en la tierra? Allí, lo mismo que en las almadrabas de Zahara y en todo sitio donde el mar y el sol sustentan el corpacho y mantienen el genio "allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pependencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, *la poesía sin acciones* (no acciones como bárbaramente suele imprimirse), aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega y por todo se hurta; allí campea la libertad y luce el trabajo..."

Confirmaba y corroboraba en Málaga Miguel su amor á los puertos, á la generosidad y franqueza del mar y de las gentes que de él y en él viven. *Allí campea la libertad y luce el trabajo...* allí anda *la poesía sin acciones*, quiere decir, sin nada que la sujete, la constriña ó la trabe, ¡qué expansión tan bella y tan sincera del alma que odiaba las acciones, los estribos y los correajes que material y moralmente comenzaban ya á atar, á cinchar, á trabar, á comprimir y á ahogar á España! ¡Qué bien reforzaría Miguel, con la reflexión de sus cuarenta y siete años, en Málaga, durante aquellas tardes en que el sol se despedía dorando los mástiles de los

bergantines y alargando las sombras en la playa amarilla, y recrearían sus amores viejos con el Mediterráneo y con las gentes que en torno suyo alientan! ¡Qué error tan grande el de los que no supieron ver en el genio cervantino la frescura y la vibración comunicada por el salobre efluvio del Mar Nuestro, la humanidad mediterránea que de Grecia viene y se para en Roma y más que en Roma en Nápoles y que ningún otro pueblo marítimo ni terrestre ha sabido emular y vencer! Pensar á Cervantes seco y fosco cual los antiguos godos ó los tenaces celtíberos de Castilla y de Aragón, como aquellos frailes biliosos que entristecían ya á los espíritus, comenzando por vestir de tocas negras á las damas y de negros velludos á los caballeros, resulta un disparate en el cual no se ha reparado, porque desgraciadamente nuestro Ingenioso Hidalgo anduvo siglos y siglos muy desatendido.

Por fortuna, lógica ha de haber en el mundo y forzados por ella, tarde ó temprano reconocerán los tenaces y comprenderán los torpes que es Cervantes más que nada un ingenio latino y meridional, un ingenio del Mediterráneo, como todos nuestros grandes. Ved á Garcilaso de la Vega, á la concha de Venus amarrado, junto á desconocida ninfa ó sirena del Tirreno mar; ved á Quedo hollando las calles napolitanas, en cuyo polvo aún quedaban las huellas de Cervantes; mirad, siglos después, en aquellos mismos sitios á nuestro D. Angel de Saavedra recogiendo alguna mínima parte del tamo que tan poderosos genios levantaron.

Latino, mediterráneo es Cervantes; la frescura y la jugosidad la acre emanación de sus palabras, mediterráneas y latinas son. Por eso había de parecerles mal á los secos, á los conceptuosos, á los algebraicos, á los estreñidos, por muy grandes que fueran sus talentos, aun cuando se llamasen el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, el jurisperito y poeta D. Esteban Manuel de Villegas ó el gran filósofo Baltasar Gracián. Estos celtíberos, cavilosos y graves, habitantes de escuetas montañas ó de reseca y áridas llanuras donde no mora la alegría, ¿qué iban á entender de la grande, suave, irónica y acariciadora y benevolente armonía que el Mediterráneo imprime en los espíritus?

Comparad la *Galatea* con *La Constante Amarilis*, del ingeniosísimo Dr. Suárez de Figueroa y advertiréis clara esta diferencia: lo que en el uno cruje blandamente, en el otro rechina; lo que en el uno es cortesana sutileza, en el otro es alambicamiento afectado. No le perdona Suárez de Figueroa al lector ni le ahorra un solo vislumbre de su ingenio; no sabe callar, ignora el arte del clarooscuro y de la penumbra, no acierta á incurrir en inocencias y descuidos. Si hubiese personajes como los creados ó imaginados por Suárez de Figueroa, ¿quién no desearía una revolución que los guillotinará á todos?

De igual modo Gracián el abrumador, Gracián el macizo, Gracián el berroqueño, el genial Gracián, amigo de los espíritus enrevesados y tortuosos, ¿cómo había de perdonar á Cervantes su mediterránea claridad, la transparente sencillez con que dice cuanto quiere y como quiere, sin envolver el concepto en hábitos y más hábitos de carpida y cardada y abrigosa lana conventual, toda sólida, tupida y tramada sin resquicios, agujeros ni costuras? Gracián es igualmente implacable, no tropieza nunca, no se descuida jamás; es hermético y sin mechinales, resquebrajaduras ni rendijas por donde entre el aire de fuera.

Villegas, algo más humano, pero celtíbero también, ya no odia á Cervantes, sino á la humanidad en globo. Es, como Herrera, un agriado, pero un agriado aragonés siempre es peor que uno de Sevilla.

Ninguno de ellos era capaz de sentarse en la playa á escuchar el ruido manso de las olas y la picotería de los pillos, pescadores y bravos de las polacras y de las goletillas; á los dos hombres de leyes, Figueroa y Villegas, se les hubiese manchado la garnacha; al jesuíta, el negro balandrán. No los odiamos, sin embargo; el no entender á Cervantes no es pecado mortal. Ellos no pueden ser cotejados con Cervantes, no se debe aquí decir si son mejores ó peores. Son distintos, y basta.

A fines de Noviembre recibió Miguel contestación á su carta; una Real provisión prorrogándole el encargo por veinte días ó los que hubiese menester de más. Pensaba Miguel trasladarse á Sevilla con lo ya cobrado y desde allí girar á Madrid, para lo

cual tomó en Málaga letras sobre Juan Leclerc, mercader flamenco, establecido en Sevilla.

En 9 de Diciembre se hallaba en Ronda, cobrando unas cantidades que le restaban. Atravesó la Alpujarra en lo más fuerte del frío, y á los cuatro ó cinco días se presentó en Sevilla, donde hizo efectivas en el Banco de Leclerc las letras que Pérez de Vitoria le dió en Málaga. Pero como no era hombre que tuviera seguridades para guardar dinero, al punto se dirigió á depositarle en casa de un banquero y comerciante portugués, llamado Simón Freire de Lima, quien dió á Miguel una cédula sobre sí mismo, pagar en Madrid. Después de pasar algún tiempo en Sevilla volvió Cervantes á la corte, donde esperaba hacer efectiva la cantidad que á Freire entregó y finiquitar las cuentas de su comisión; mas no contó con su mala estrella. A los pocos días de cobrada la cantidad de Cervantes, Simón Freire se declaró en quiebra ó, como entonces se decía, se alzó con 60.000 ducados. No era nada difícil que se hubiese embarcado en una de las galeras que marchaban á las Indias, común refugio desde entonces de todos los perdidos, desfalcadores, quebrados y concursados de España, cuyos descendientes, como es natural, habían de pasar siglos y generaciones antes que aprendiesen á ajustar una cuenta á derechas. Abrumado Miguel por tan imprevista desgracia, volvió á Sevilla á hacer diligencias para que del embargo hecho en la hacienda de Freire por los demás acreedores, se sacasen los 7.400 reales que él entregara al fugitivo, puesto que aquellos maravedises eran sagrados, como pertenecientes á la Real Hacienda.

Se halló, pues, una vez más Miguel en Sevilla solo, sin amparo, sin dinero, intentando cobrar una deuda casi imposible y sin medios para volver á Madrid ni para lograr nuevas comisiones que de vivir le dieran. Lo cierto es que aquella desgracia puso fin á la vida administrativa de Cervantes. No se preocuparon sus valedores, si tenía alguno más que Agustín de Cetina, de justificar y comprobar si lo ocurrido debía achacarse á negligencia de Miguel ó á qué. Era indudable que en la comisión de las alcabalas había cobrado mucho menos de lo fantásticamente

presupuesto por los del Consejo de Hacienda, y por añadidura y remate, no había medio de recoger lo que, mal enterado de cómo andaban los asuntos de los banqueros y gente adinerada de Sevilla, entregó imprudentemente al portugués. No era justo, por consiguiente, dar nuevas comisiones á un funcionario que tan mal había cumplido la última y que, además, no tenía nadie que le protegiera.

Ningún documento oficial existe ó se ha descubierto que hable de nuevas comisiones oficiales encargadas á Miguel. No vemos dato alguno que nos indique siquiera si él solicitó algún otro encargo de esta clase, pero probable parece que no lo hiciera mientras no se terminase de un modo ó de otro el asunto de Freire de Lima.

Cómo vivió en los años siguientes en Sevilla, lo sospechamos: de qué vivió, lo ignoramos por completo. Y al llegar aquí, el biógrafo siente el natural temor de quien se ve forzado á repetir y recorrer los lugares ya conocidos y á renovar los recuerdos de anteriores situaciones. Desde que terminó su período heroico, la vida de Cervantes es monótona como la de todo hombre pobre que lucha por vivir. Pasado el empuje de sus días épicos, no tuvo una época brillante y agitada, como las vidas de Lope y de Quevedo.

Cervantes en 1595, azotando las aceras de Sevilla, se sentía embarrancado de nuevo y sin ver manera de salir del atollo. Se acordó entonces, como siempre que llegaba á uno de estos paros, de que era poeta. Se habían convocado en Zaragoza unas justas poéticas en honor de San Jacinto, y se ofrecía joya ó premio al que glosase esta descomunal redondilla:

El cielo á la Iglesia ofrece  
 hoy una piedra tan fina,  
 que en la corona divina  
 del mismo Dios resplandece.

Cuatro coplas de quintillas dobles, hechas de mala gana y á tropezones, bastaron á Cervantes para que los jueces de Zaragoza le otorgaran el premio, y su poesía fué muy leída y celebrada por el Jurado en una sentencia escrita en dos descomulgadas

quintillas, donde se llama á Cervantes ingenio sevillano. Mucha risa debieron de causarle el fallo y los disparates en sus diez versos contenidos.

Todo el año de 1595 se pasó en dimes y diretes con la Hacienda para la cobranza de lo recogido por Miguel en su comisión. Tantos quebraderos de cabeza, sinsabores y disgustos le causó este negocio, que, probablemente, entonces ya en definitiva ahorcó los hábitos de funcionario público y, como podía haberse arrojado al Guadalquivir, se arrojó otra vez á la poesía y á la prosa.